

■ cien respuestas a una pregunta ■

edición

ÁNGEL CARRIL RAMOS

(CENTRO DE CULTURA TRADICIONAL ■ DIPUTACIÓN DE SALAMANCA)

ÁNGEL B. ESPINA BARRIO

(INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS DE CASTILLA Y LEÓN)

CENTRO DE CULTURA TRADICIONAL
DIPUTACIÓN DE SALAMANCA

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ANTROPOLÓGICAS DE CASTILLA Y LEÓN



Vivimos tiempos nuevos, radicalmente diferentes a los transcurridos hasta hoy desde que abandonamos la caverna y nos encaminamos al progreso de nuestra especie. Tiempos de la aldea global, de la globalidad mundial más absoluta: económica, política, cultural. El mundo se nos ha quedado pequeño, lo hemos homogeneizado. Al tiempo contemplamos el resurgir de los nacionalismos, la búsqueda, cuando no la invención, de las diferencias, la manipulación de la historia, del sistema educativo.

En este disparatado contexto, un sector de nuestra sociedad intenta rescatar y mantener la tradición heredada de sus mayores, bucear en el acervo cultural de sus antepasados.

Un legado tan en peligro de extinción como la naturaleza con la que íntimamente se desarrolló durante siglos, en la que basó su adaptación y progreso, ahora arrinconado en el sector lúdico, el de las cosas que clasificamos como mera diversión. Vacaciones en un hotel rural, paseos campestres, comida casera y espectáculo folclórico. Hemos convertido naturaleza y tradición en mera mercancía turística.

Disiento completamente de esta percepción neoliberal. De esta nueva mentalidad mercantilista que tan sólo busca la rentabilidad económica a corto plazo de todo lo que nos rodea. Si produce beneficios se mantiene. Si no da dinero desaparece. ¿Cuánto vale una otoñal puesta de sol junto a la ribera del río? ¿Qué precio le ponemos a esos minutos mágicos en los que una venerable abuela rememora los cantares que animaron su ya lejana boda, los mismos cantados generación tras generación y que nos permiten retrotraernos a un pasado no por lejano ya desconocido? En mi opinión, su valor es incalculable, inabarcable.

La felicidad no tiene precio, y esos momentos, esos conocimientos, esos contactos con nuestro pasado, aunque parciales y escuetos, son indudables retazos de felicidad.

Tradición y naturaleza son dos conceptos que siempre han ido unidos y así deben de seguir juntos. Nuestra sociedad hunde sus raíces en una perfecta adaptación al medio, gracias a la cual sobrevivió y prosperó. No sólo se trató de poner en marcha un sistema económico que obtuviera el máximo rendimiento de la naturaleza, dominada desde el Neolítico con nuestras cada vez más sofisticadas prácticas agrícolas y ganaderas. Fue nuestra sociedad la que se adaptó a las peculiaridades ecológicas de cada valle, de cada comarca, región o país. Su legado tradicional no puede por tanto entenderse sin conocer el hábitat en que se ha desarrollado, base de las peculiaridades de cada localidad. Y debe ser defendido con igual esfuerzo.

Los estudiosos de nuestro folclore saben que en los geriátricos sobreviven la mayor parte de los últimos mantenedores de una riquísima tradición oral a punto de desaparecer. Sus pueblos han sido abandonados o convertidos en malas copias urbanas, con todos los defectos de las ciudades y muy pocas de sus ventajas. La agricultura ha quedado en manos de unos pocos conductores de tractores y cosechadoras a los que seguimos llamando agricultores. La ganadería está siendo relegada a grandes explotaciones semiindustriales, donde el animal recibe el mismo trato que el automóvil de una cadena de montaje. El campo es un gran coto de caza cuyas perdices y conejos son meras granjas cinegéticas a cielo abierto. Lo decía hace poco el escritor José Saramago. Hemos llegado al fin de una civilización.

Puede parecer la mía una percepción negativa, incluso catastrofista, pero también existe una vertiente esperanzadora. Esperanza en el resurgir, todavía incipiente, de una mentalidad nueva, que, ante la actual indiferencia y apatía sobre el futuro, desarrolle una conciencia crítica e inconformista, empecinada en conservar nuestro legado. Tradición y naturaleza siempre han ido juntas. No podemos ahora disociarlas y convertirlas en meros productos de consumo, cultural el uno, deportivo el otro. Debemos mantenerlas

unidas, revalorizarlas y, ante todo, conservarlas.
Es el legado que hemos recibido de nuestros

antepasados y que deberemos entregar a quienes nos
sucedan en el tiempo.

César Javier Palacios Palomar periodista. Licenciado en Geografía e Historia y doctor en Historia del Arte por la Universidad de La Laguna. Ha trabajado en las secciones de medio ambiente de diversos periódicos nacionales (El País, Diario 16) y ahora lo hace en el Departamento de Biología Aplicada de la Estación Biológica de Doñana (CSIC). Está a punto de publicar un libro sobre leyendas y tradiciones populares en torno a los árboles singulares de Burgos.